
Gioconda Herrera Mosquera, editora

Antología Género

FLACSO - ECUADOR
JUNTA DE ANDALUCIA

© 2001 FLACSO, Sede Ecuador
Páez N19-26 y Patria, Quito – Ecuador
Télf.: (593-2) 232030
Fax: (593-2) 566139

ISBN

Coordinación editorial: Alicia Torres

Corrección de textos:

Diseño de portada y páginas interiores: Antonio Mena / Juan Méndez

Impresión: RISPERGRAF

Quito, Ecuador, 2001

Índice

Estudio introductorio

| | |
|--|---|
| Los estudios de género en el Ecuador: entre el conocimiento y el reconocimiento | 9 |
| Gioconda Herrera Mosquera | |

| | |
|--|----|
| Bibliografía temática | 61 |
|--|----|

| | |
|----------------------------|----|
| Artículos | 77 |
|----------------------------|----|

Interacciones

| | |
|--|----|
| Alimentación, género y pobreza en los Andes Ecuatorianos. Práctica: vida en la cocina | 81 |
| Mary J. Weismantel | |

| | |
|---|-----|
| Relaciones de género y violencia | 115 |
| Gloria Camacho | |

Instituciones Sociales

| | |
|---|-----|
| La imbecilidad y el coraje. La participación femenina en la economía colonial (Quito, 1780-1830) | 179 |
| Christiana Borchart de Moreno | |

| | |
|---|-----|
| Género, raza y nación: La protección a la infancia en el Ecuador (1910 – 1945) | 197 |
| Kim Clark | |

| | |
|---|-----|
| Políticas neoliberales frente al trabajo femenino, Ecuador 1984-1988 | 227 |
| Magdalena León Trujillo | |

| | |
|---|------------|
| Ajuste desde la base: mujeres de bajos ingresos, tiempo y triple rol en Guayaquil | 275 |
| Caroline O. N. Moser | |
| Organizaciones de mujeres reforma neoliberal y políticas de consumo en el Ecuador | 295 |
| Amy Lind | |
| <i>Representaciones</i> | |
| El muro interior | 325 |
| María Cuvi Sánchez Alexandra Martínez Flores | |
| Educación e Imágenes de Mujer | 165 |
| Ana María Goetschel | |
| La interpenetración de género y etnicidad: nuevas autorepresentaciones de la mujer indígena en el contexto urbano de Quito | 355 |
| Mary Crain | |

El muro interior *

María Cuvi Sánchez
Alexandra Martínez Flores

*Y el primer grito me ensordeció. Nunca hubiera
pensado que mi voz pudiera ser tan alta y durar
tanto. Y que todo aquel sufrir me saliese en gritos
por la boca y en criatura por abajo.*

(La Plaza del Diamante, Mercé Rodoreda)

Mater castissima

Jazmina era una chica hermosa, inteligente, muy querida por sus amigas y admirada por los muchachos del barrio. Un día el amor tocó su corazón: se enamoró de un joven llamado Manuel. Algún tiempo transcurrió mientras eran enamorados, antes de que el muchacho presionara a Jazmina para que le entregase su virginidad como ‘prueba de amor’; ella, por temor a perderlo, aceptó. De esta experiencia se quedó embarazada y fue abandonada.

Rosita, hermana mayor de Jazmina, que cumplió con todas las demandas del cielo y de la tierra, pues se casó por las leyes civiles y de la iglesia, luego de algunos años de matrimonio descubre la infidelidad de Juan, su esposo. Cuan-

* Este artículo corresponde a dos capítulos, el 3 y 5, tomados de Cuvi y Alexandra Martínez 1994: *El muro interior*. Quito: CEPLAES.

do le reclama, él la golpea. A Rosita le pretenden dos hombres de su pueblo: un poeta que es profesor de colegio y un próspero comerciante juntado con una mujer malgenio y que no le pudo dar hijos.

Estos dos cuentos fueron elaborados por Iván Oñate, con detalles ambientales y vivenciales muy cercanos a la vida de las mujeres de Palo Verde, para trabajar el tema de la virginidad y la castidad. Los desenlaces fueron contruidos por las mujeres de ambos grupos.

Virgo Admirabilis fue el título que Iván dio a la versión que preparó con estos textos, donde intentó, desde su óptica de hombre latinoamericano, explicar el significado que tiene la castidad y la virginidad para las mujeres de Palo Verde y SAVIA. Mientras se hallaba en la difícil tarea de aproximarse al mundo de las mujeres, descubrió el *Stabat Mater* de Julia Kristeva. Se enamoró de la forma poética cómo Kristeva aborda la maternidad y entabló un contrapunto con la autora, a quien conocía y admiraba desde años atrás.

Sentadas frente a un escritorio releemos la vida de Jazmina y Rosita, repasamos los testimonios de las mujeres de Palo Verde y de SAVIA, el *Virgo Admirabilis* de Iván, el *Stabat Mater*, nuestras vidas. Especulamos, conversamos, descubrimos dimensiones y autoras que se le escaparon a Iván entre ellas Sonia Montecino, cuyo pensamiento ha influido poderosamente en el análisis de este capítulo.

Es así como fraguamos *Mater Castissima*.

Mater Dolorosa

En el discurso androcéntrico la identificación de lo femenino con la maternidad es una constante, y uno de los pilares en el que se sustenta la construcción de lo femenino.

Si asumimos que el discurso sobre la maternidad es un orden de poder¹ y nos preguntamos qué excluye, encontramos que el gran ausente es el placer sexual. Virginidad y castidad son elementos de contención de la sexualidad que, de una u otra manera, siempre deben estar presentes en la vida de toda buena mujer.

1 Michael Foucault afirma que la sexualidad es uno de los lugares en donde se ejerce de manera privilegiada el poder mediante el recurso de lo prohibido o de la exclusión. M. Foucault, *El orden del discurso*. Barcelona: Tusquets, p. 12.

Para el catolicismo, el placer sexual está asociado con la carne, la caída, con un mundo terrenal impuro y mortal. Por ello, Jesús -hijo de Dios- necesitaba humanizarse, ser una persona de carne y hueso, pero exenta de toda mancha², no debía ser concebido en pecado. La contribución de María al catolicismo es haber concebido y dado a luz inmaculadamente.

El ideal maternal en la cultura occidental judeo-cristiana está encarnado en este prototipo de mujer virgen-madre, pero tal aspiración es imposible en la vida de una mujer concreta: “una mujer digna del ideal femenino que la virgen encarna, como polo inaccesible, no podrá ser más que monja o mártir, o si está casada, llevando una existencia que la extraiga de esa condición terrenal y la consagre a la más alta sublimación, ajena a su cuerpo: el gozo prometido³. El sufrimiento que lleva implícito la maternidad, junto a una observancia estricta de la castidad, son los únicos caminos que pueden lavar el pecado del placer sexual y acercar a las mujeres al ideal de María.

La maternidad, en tanto gratificación y gozo, es un elemento de homologación con María, es ese “orgullo de saberse prometida a esa eternidad (espiritual o de la especie) que ninguna madre ignora inconscientemente y con respecto a la cual la abnegación e incluso el sacrificio no son más que un precio irrisorio por pagar”.⁴

La orfandad del mestizaje

En América Latina, el actual reconocimiento de la maternidad es más soberano que en los países europeos. Por la forma cómo sucedió el proceso de colonización, el mestizaje al que dio origen la conquista española engrandeció la figura de la madre. El mestizo nace de una violación o relación amorosa entre el conquistador y la conquistada, donde el padre muy pocas veces asume su paternidad: es un poder ausente. En cambio la madre, omnipresente y protectora, se constituye en el referente de los hijos huérfanos.

2 Carol Delaney 1986. The meaning of paternity and the virgin birth debate. en *Man, the journal of the Royal Anthropological Institute*. 3 (21): 500.

3 Kristeva, *Historias de amor*, 227-228.

4 Kristeva, *Historias de amor*, 219.

Según Sonia Montecino, el proceso de mestizaje es un elemento importante para la conformación de la identidad de las mujeres y hombres latinoamericanas/os. En el discurso mariano se refuerzan, simultáneamente, dos imágenes: la de mujer sola, abnegada y en continua lucha por la supervivencia de sus hijos, y la de hombre, no de varón, sino de hijo. “El afecto que prodiga la progenitora es el único referente amoroso, la silueta de esa mujer encinta iluminada por las sombras que ha dejado el padre de los mestizos”⁵.

Durante el proceso de conquista de América, las culturas aborígenes vieron caer a sus dioses hombres, en tanto que las diosas mujeres encontraron en la silueta de la virgen María un símbolo de conjunción⁶. La función de esta nueva diosa dejó de ser la de velar por la fertilidad de la tierra o de las mujeres, fue sustituida por la protectora, consuelo⁷ y refugio para los hijos huérfanos, pero, sobre todo, por la de mediadora entre el poder ausente y los desheredados (Montecino, *Identidad femenina y modelo mariano*, 509).⁸

Así, el sufrimiento que lleva implícito tener un hijo y su consecuente asociación con la maternidad divina de María ha sido hasta ahora, para las mujeres latinoamericanas, no solo un referente importante en la construcción de su identidad, sino también el único vehículo que podría reparar la virginidad perdida en la prueba de amor, en el goce sexual.

Las mujeres de Palo Verde y SAVIA, con diversos matices, enuncian un discurso de la maternidad que, amparándose en la imagen de la Mater Dolorosa, niega el placer sexual afirmando con ello su prestigio y reconocimiento dentro del orden vigente.

5 Montesino, *Madres y huachos*, 81.

6 Sonia Montesino et. al. 1988. Identidad femenina y modelo mariano en Chile. *Mundo de mujer, cambio y continuidad*. Santiago de Chile: Centro de Estudios de la Mujer, p. 511.

7 Octavio Paz en “El Laberinto de la soledad” dibuja muy bien el papel de consoladora que la Virgen de Guadalupe asume frente a los abandonados (México: Fondo de Cultura Económica, 1986).

8 Montecino, *Identidad femenina y modelo mariano*, 509.

La prueba de amor: primera transgresión

Palo Verde. Es que casi es verdad, esto es verdadero, es una historia (9:1). Sí es pecado, porque cuando uno tiene un niño y el padre le va a bautizar por eso dice: yo te bautizo en el nombre del padre, del hijo... para borrar el pecado original, por que se hizo del pecado (9:2). ¿Y cómo dicen que los niños son mandados de dios y ahora dicen que son pecado? (9:2)

Palo Verde. Porque él se aprovecha de un amor que le ofrece la chica, después que él le finge a la chica que se quieren los dos y se adoran, mientras le exige que se entregue. Después de que se entrega le abandona. Él es un mala fe y un irresponsable (9:3)

Palo Verde. Por lo mismo, porque cuando uno tiene hijas, desde pequeñas les va desperdando, para que vean como es la vida. Pongamos, a mí me ha pasado un caso de esos, yo tengo que despertar a mis niñas y decirles: si un hombre te pide eso... Nooo. Por que si tú le das, entonces eres tú la perdida. ¿No les parece? (9:3)

El cuento se desarrolla hasta cuando Jazmina se embaraza; intencionalmente, su autor lo dejó inconcluso e invitó a las mujeres de Palo Verde y SAVIA a que decidan el destino de Jazmina. Sin embargo, ellas se preocuparon, primero y sobre todo, de calificar moralmente el proceder de la protagonista y dedicaron poco tiempo a dibujar los posibles desenlaces.

Para las de Palo Verde, la historia de Jazmina resultó un episodio corriente en la vida de cualquier muchacha del pueblo. Según las más viejas, Jazmina peca cuando se entrega a Manuel, pues el amor no justifica la transgresión sexual. La idea del amor romántico, de la pasión como el elixir que sana todas las rupturas está ausente.

Ni siquiera las más jóvenes justifican las relaciones sexuales por amor. Para ellas, una muchacha entrega su virginidad engañada por el novio, por efecto de un afrodisíaco o simplemente porque ese era su destino: la mala suerte. En todos estos casos, y sólo para las jóvenes, la ruptura de la norma es involuntaria. Dentro de este razonamiento, Jazmina no puede ser juzgada como pecadora, sino como víctima de su ingenuidad.

El embarazo de Jazmina es la prueba visible del pecado o del error cometido, que se castiga con la soledad, la pobreza, el abandono de la familia y el rechazo social. Este castigo se alivia cuando las madres, antes acusadoras, perdonan a sus hijas, se reconcilian con ellas y comparten su aflicción.

SAVIA. En principio, si tomas al cuento literalmente diría (que Manuel actuó así) por que viene de un origen muy provincial y, claro, con un nivel cultural bastante bajo (6:7). Muchas veces, esto sucede muchísimas veces en ámbitos sociales más bajos. Donde más sucede es en el servicio doméstico (6:4).

SAVIA. Independientemente del cuento, con engaño o sin engaño, se ve con mayor naturalidad la sexualidad prematrimonial, pero está de por medio un embarazo, es cierto eso, especialmente en los estratos bajos, especialmente con la gran migración del campo a la ciudad (9:5). Yo no me casé virgen, yo me cuidaba de que mis padres se enterarán, iban a sufrir, me iban a reprochar, independientemente de que a mi me haya importado que mi marido se entere o no, o mi próximo enamorado (6:8).

En general, estas mujeres identifican la sexualidad no como una fuente de placer, de espacio lúdico y erótico entre los géneros, sino como una trampa preñada de peligros, donde la posibilidad de apropiarse de su cuerpo, de su sexualidad no se justifica ni siquiera con la noción de amor romántico.

Mientras las mujeres de Palo Verde se identificaron con Jazmina, las de SAVIA tomaron una prudente distancia, argumentando que, casos como el de Jazmina, ocurren generalmente entre la servidumbre y las clases bajas. Así, en lugar de comentar sobre estas vidas de ficción, se dedicaron a contar sobre sus vidas y las de sus hijos.⁹

Encontramos que en el grupo de mujeres de SAVIA coexisten dos discursos sobre las relaciones prematrimoniales. Para unas, las más influidas por los preceptos católicos, la ‘prueba de amor’, tal como está planteada en el cuento, es considerada un pecado, y la mujer que sucumbe es una víctima de los apetitos del hombre. Otras, las que suscriben un discurso más laico, consideran que la virginidad es una tradición en franco desgaste. No hablaron de ‘prueba de amor’, sino de relaciones sexuales prematrimoniales. Manifestaron que son una práctica común entre las jóvenes de hoy, una decisión legítima de la pareja, cuando hay amor; caso contrario es promiscuidad.

9 Helena Araujo sostiene que cuando las mujeres latinoamericanas decidamos no solo contar sino escribir lo que vivimos y sentimos, alcanzaremos una noción integral de nuestra individualidad. Helena Araujo 1989. *La scherezada criolla. Ensayos sobre escritura femenina latinoamericana*. Bogotá: Universidad Nacional, p.42.

Palo Verde. Algunas se casan y no son felices otras no se casan y son felices, de todo hay en la vida (9:16-17)

Palo Verde. El chico ya no le quiso a ella, ella le demostró el amor que tenía, pero él le engañó (9:1). Pero eso fue por el amor que le tenía, para que él no se le resienta (9:1). Ella no pensó que él le iba hacer eso. Ella creía que entregándose a él, él se iba a casarse, en verdad, con ella (9:1)

SAVIA. En el campo, no se asume el compromiso de la paternidad conmo se podría asumir antes, especialmente en las comunidades indígenas. En los campesinos, por ejemplo, es muy común que las chicas queden embarazadas y que después se casen con otros hombres, o se emparejen con otros hombres (6:6). Cuando hay un hijo fuera del matrimonio se hace un conflicto terrible, no se lo ve con naturalidad, como se lo debe ver (6:6).

Palo Verde. Que tenga su hijo. No es la primera ni la última ni es vergüenza tener un hijo (9:5-7).

Sin embargo, ambos grupos coincidieron en el hecho de que el embarazo fuera del matrimonio es una vergüenza, una afrenta al honor familiar, un peligro que asecha a los hogares. Por ello aspiran a que sus hijos tengan relaciones amorosas estables, en las cuales la sexualidad sea una parte de esa relación. Creen que con una buena educación sexual, los adolescentes pueden evitar este peligro.

Los desenlaces

En tres direcciones enrumbaron las mujeres la vida de Jazmina. Cada opción está marcada por la procedencia social, por el mayor o menor apego a los preceptos religiosos y por el significado que cada grupo asigna al honor masculino.

El matrimonio, la mejor opción

Para ambos grupos, el matrimonio es la única manera de reparar la transgresión de Jazmina, aunque las mujeres de Palo Verde saben que eso es una remota posibilidad, una ilusión. En su pueblo, los hombres tienen mucha más libertad para abandonarlas, pues el honor masculino está asociado a la virilidad representada en el número de hijos que pueda engendrar, y no en una paternidad responsable.

En cambio, para las mujeres de SAVIA el matrimonio es posible, es habitual, ya que los padres de la hija agraviada obligan al novio, muchas veces con pistola en mano, a casarse.

Palo Verde. Para mi modo de pensar, ir a la ciudad a buscar un trabajo para cuidar a mi hijo, hasta cuando fuera grande (9:5). En los tiempos de antes era más escandaloso (9:8). Eso no cambia, eso de que hablan, ya están diciendo que se ha ido porque ha estado encinta (9:8). Yo de Jazmina, criaba mi hijo, así como la madre ha cedido un poco, se ha vuelto más buena, más comprensiva, yo le encargaba, a mi hijo y a mí (9:8). Yo buscaba a otro para que sea el padre de mi hijo (9:8).

Dice el dicho que la mujer sin el hombre no puede vivir. En ese caso yo primeramente criaría a mi hija, y si hay algún hombre que se enamora de mí, yo le pondría por delante a mi hija. Si quiere a mi hija, me quiere a mí, así tendría que ayudar a criar a mi hija y mantenerme a mí. Y según la suerte que tenga, viva feliz (9:9).

Palo Verde. Pero en este caso, estamos hablando de una chica joven, y ninguna chica joven se moriría sin tener un marido. Ya como tiene sus hijos, y si algún día se llega a quedar sola, ya uno tiene experiencia y tiene que trabajar y para que va ha querer. Pero una chica joven yo creo que no viviría sola (9:9).

Aun cuando saben que ese matrimonio no durará, lo importante es evitar la vergüenza, preservar el honor familiar.

Esta posición fue consensual; según dijeron, no considerar como afrenta familiar un embarazo fuera del matrimonio, es propio de los indios. Pero, más que este criterio eminentemente racista, lo que resulta intolerable para las personas de clase media, especialmente para los hombres, es el desprestigio que acompaña al hecho de tener descendientes ilegítimos.

La semiótica de la vergüenza

Las mujeres de Palo Verde, fuertemente identificadas con la vida de Jazmina, resolvieron de manera práctica aunque no exenta de sufrimientos, el destino de la protagonista: optaron por la maternidad en soltería. Esta solución virtualmente condena a Jazmina al desarraigo (debe salir del pueblo para evitar las críticas), la soledad y la responsabilidad de mantener al crío, además de la vergüenza y rechazo social -la deshonra familiar-, que afecta especialmente a los padres y hermanos. Sin embargo, este aspecto pesa mucho menos que en SAVIA, porque paradójicamente, parecería que en la costa ecuatoriana, el honor masculino se acrecienta con la paternidad fuera del matrimonio.

El respeto y admiración que infunde toda madre, cuando cría a sus hijos e hijas con abnegación y sufrimiento, más allá de la presencia o ausencia del padre, son una fuente de poder que compensa el rechazo y la vergüenza que acompañaron a una concepción transgresora.

SAVIA. Mis padres hubieran reaccionado tremendamente, mi madre sobre todo era tan bárbara. Yo salí con mi marido sola para repartir los partes de matrimonio: antes no salía ni al cine. (6:14). (El honor familiar) está basado en la castidad, (se cree que) la mujer si tiene hijos toda la vida, mejor, porque así no goza, no peca (6:18). Yo tuve una amiga, compañera de colegio, se embarazó. Sus padres la mandaron fuera del país, los padres adoptaron a su hijo, la chica consintió. Yo pienso que fuen una lavada de cerebro (6:18). Yo tengo una pariente ya vieja... que cuando quedó embarazada toda la familia vino de la provincia acá. Hace una año, una amiga hizo lo mismo en Azuay, con la diferencia de cuarenta años, la misma situación... Se mueven porque es un desprestigio para toda la familia. ¡Qué bestia!, ¡Qué terrible! (6:19).

Palo Verde. Pero hay mamás también que, por ejemplo, a las hijas mujeres ya se les ve

Para la mujer mestiza latinoamericana, el abandono del hombre, la procreación ilegítima y la omnipresencia de la madre son aspectos con los que nuestra identidad se confronta permanentemente. “La renuncia que se ancla en el afecto. La gestación de una dominancia de la mujer en la estabilidad de la vida cotidiana, la asunción de lo femenino como madre, ha otorgado a esta imagen una fuerza que se debate tanto en lo positivo como en lo negativo.”¹⁰

Para las mujeres de SAVIA ser madre soltera es una solución indeseable. El estigma del que se impregna la mujer de clase media y el desprestigio que este hecho acarrea a la parentela masculina, por no haber protegido/controlado la sexualidad de sus hijas o hermanas son más fuertes, pesan más que el valor otorgado a la maternidad. De allí que el ocultamiento sea la única alternativa: abandonar la ciudad donde viven, entregar el hijo/a a los abuelos o abortar son las salidas por ellas propuestas.¹¹

Las mujeres estamos para dar la vida

La renuncia de Jazmina al aborto y su decisión de asumir la maternidad en soltería dividió las opiniones de las mujeres. Pero lo interesante es que todas pensaron en sus hijas mientras buscaban una salida.

10 Montecino, *Madres y huachos*, 87

11 Esta política de ocultamiento, que los hijos nacidos de relaciones prematrimoniales sean criados por los abuelos y aparezcan como sus hijos menores, es frecuente entre las clases medias y altas. Así, el honor de la familia no se mancilla, se “guardan las aparencias” y se evita el aborto.

que están en cinta, enseguida se hacen con el marido, y enseguida las llevan por abí a hacerles remedios (abortar) (9:6). Pero eso (el aborto) es un pecado y un crimen con su misma sangre, porque esa es la sangre de uno. Y cómo va a creer que mi hija esté en cinta y yo, de madre, voy a consentir que se vaya a sacar... Nooo... que tenga a su hijo; no es la primera ni la última, ni es vergüenza tener un hijo (9:6).

Palo Verde. *Yo le aconsejaría (a una hija) que conforme tuvo a ese niño... tiene que tenerlo, no tiene que quitarle la vida. Sería un pecado (abortar), yo le dejaría que tuviera. Si el marido la dejara y no la quería ya, tengala en la casa. Y si él quería llevársela, en buena hora (9:5).*

SAVIA. *(a mi hija embarazada) le doy alternativas: si quiere tener el hijo, que lo tenga, pero yo me tendría que hacer cargo, consciente de que mi hija es una niña y no tiene capacidad de criar un niño. Y si no, aborta. Yo no tendría ningún problema en hacerle abortar, hablando claramente (6:18-19).*

Las mujeres estamos para dar la vida y contradecir este mandato es irse contra el modelo de mujer: la virgen-madre. Desde esta perspectiva, que se ajusta fielmente a los preceptos del catolicismo, el aborto voluntario transgrede frontalmente las 'leyes naturales' e implica confrontarse con el modelo mariano de mujer. Así, el aborto voluntario tiene, para las latinoamericanas, un doble y contradictorio significado: permite ocultar el pecado, evitar la vergüenza, conservar el honor familiar, mientras resquebraja uno de los pilares de la identidad femenina y aleja a la mujer de la posibilidad de perdón divino y terrenal, que la maternidad le ofrece.

Para la mayoría de mujeres de Palo Verde, que mantiene incuestionados los preceptos religiosos, el aborto es un pecado mucho más grave que tener relaciones sexuales prematrimoniales. Ser madre soltera es una forma de expiación; abortar es negarse a expiar por ese error.

Desde su perspectiva de madres defienten la función maternal como el bien máspreciado de las mujeres. Abortar es irse contra la esencia misma de la femineidad, es 'un crimen contra su propia sangre', una opción egoísta, pues una mujer debe estar dispuesta a cualquier sacrificio, por el hijo que lleva en el vientre.

Para muchas mujeres de SAVIA y para algunas de Palo Verde, el aborto es una opción personal que se toma de acuerdo con las particulares circunstancias en las que el embarazo ocurrió y que son independientes de las creencias religiosas.

Palo Verde. Claro, (Jazmina) sí podría tener otra solución. Ahora, en el tiempo en que estamos, a veces se hacen sacar los niños, les hacen curetaje y se hacen sacar el niño. Pero si ella hubiera querido. Como no quiso, ella quiso sacar a su hijo a luz (9:5).

Palo Verde. Para mí, me hubiese quedado con el marido que era casada, como el amor es a veces un rato... claro que el que estaba enamorado con esa otra chica, llegaba bravo. Pero ahí, en un comienzo dicen que se querían y que solamente fue porque se enamoró de otra chica ya comenzaron a... Porque para tener más problemas con el otro señor, que ya es casado, para eso me quedo con mi marido (9:10). Para mi modo de pensar, no importa que me pegara. Como dice el paisano: el que te quiere te aporrea. Pero estaba con mi marido (9:10).

Palo Verde. Trabajaba yo, no ha de faltar en que trabajar, pero me quedaba sola (9:11). Yo lucharía (sola) por mi hija, para sacarle adelante (9:9).

Palo Verde. Yo, por amor, no voy a estar con hambre. Por estar enamorada, yo...al que no

Ser una buena mujer es ser una mujer casta

En el segundo cuento la protagonista, es Rosita, una joven mujer que mantiene intacta su imagen de buena mujer: se casó virgen, es fiel a su esposo y sufre silenciosamente el maltrato y la infidelidad de su marido.

En el pueblo saben que Rosita vive un matrimonio infeliz y eso despierta el interés de dos hombres que empiezan a enamorarla, lo cual coloca a Rosita ante una disyuntiva: optar por el placer quebrantando su castidad y, por ende, la imagen de la buena mujer o continuar su vida casta y sufrida junto a un marido golpeador.

En este cuento ocurrió lo mismo que con el cuento de Jazmina; la preservación de la institución matrimonial unificó las voces de ambos grupos. Y no es la posibilidad que tiene Rosita de cambiar su vida afectiva lo que convocó el interés de las mujeres, sino el rechazo a la infidelidad masculina, aspecto que ocupa gran parte del diálogo.

El placer, opuesto a la castidad, tiene signo masculino. La infidelidad de sus esposos es una realidad omnipresente, dolorosa y conflictiva en la cotidianidad de las mujeres de Palo Verde. En este caso también hubo una fuerte identificación con la protagonista del cuento; cuando buscaban soluciones a la vida de Rosita, indiscutiblemente pensaban en sus propias vidas. Las mujeres más viejas reconocieron enfáticamente que jamás dejarían al esposo por otro hombre, aun cuando fuese golpeador e infiel, ya que así son los hombres.

está enamorado, pero es él (Don Pedro) que me da de comer y mantiene a mis hijos, y ese vago, por amor, no voy a estar viviendo con él.

Palo Verde. *Pero es que se le ofrecían dos: el poeta y Pedrito. Entonces el poeta era vago. ¿Quién sabe qué? (9:10). El (poeta) era el que no quería el matrimonio (9:10).*

SAVIA. *Nosotras toleramos más infidelidad por supuesto (6:10). El hombre puede ser totalmente infiel, pero la mujer... (6:10).*

SAVIA. *Una vez tuve una situación difícil con mi marido; él se enamoró de otra mujer, enseguida yo le dije ándate pues. Yo me voy con mis hijos y me voy como llegué, yo tengo dos manos no necesito nada de vos (6:38). El... rompió con ella, yo me quedé con él porque yo le amaba. Me puse en la tarea de reconquistarlo, si era posible ¿no? (6:39). No me gustaría que se acabe esta relación, no me gustaría vivir sola, soy miedosa (6:43).*

SAVIA. *El placer está en las relaciones sexuales, aparte del matrimonio (6:28). Es muy real, ninguna de las que esta-*

Otras optaron por quedarse solas, pero todas se negaron a quebrantar su castidad, pues ello implicaría una ruptura con el ideal materno que ni sus hijas/os ni ellas mismas perdonarían.

Después de todo, esta opción por el sufrimiento y la abnegación con tintes heroicos, refuerza la imagen de madre única, protectora de sus hijos huérfanos. De este grupo solamente una, la más joven, insinuó la posibilidad de irse con don Pedro aunque no estuviera enamorada, pues este personaje, un comerciante cuarentón y adinerado, le ofrecía la estabilidad económica que la sacaría de la pobreza a ella y a sus hijos/as.

La pasión, el placer y la fugacidad, encarnados en la figura del poeta, fueron rechazados de forma unánime. Esta opción, cuyo significado por las mujeres es el de lujuria (vicio que consiste en el uso ilícito o apetito de los deleites carnales), constituye una transgresión brutal al modelo de mujer-madre, por lo tanto, un atentado contra su femineidad y contra su prestigio.

También las mujeres de SAVIA se identificaron rápidamente con Rosita; no opusieron resistencia ni tomaron distancia, como sí lo hicieron cuando se discutió el cuento de Jazmina. Esta diferencia se debe a que viven cotidianamente tanto la infidelidad de sus maridos como las propuestas de pretendientes.

Mientras discutían la infidelidad masculina, las mujeres de SAVIA cuestionaron la diferente valorización de la sexualidad, según se trate del hombre o de la mujer: reconocieron un orden social en el cual la infidelidad tiene

mos aquí, a menos que seamos prostitutas, podríamos acostarnos con alguien en ese momento que le conoces, ¡ah!, y vamos ahorita a la cama, sin que hay previamente ternura... (6:28). Yo, una vez llegué a la casa y le dije al Pepe: "tengo un amigo". Él me dijo: ¿estás enamorada de él? Le dije: "lo único que sé, es que me gusta estar más con él que con vos". Yo era todavía bruta, tendría unos 22 años... (6:18). Me iría con el poeta sin pensar dos veces, es que sin pensar dos veces (6:37).

SAVIA. Yo de separarme, sí me separaría en ese caso (si el marido se va con otra), pero no más. Yo tampoco he pensado en que él me mantenga. La religión en mí impera, yo estoy casada, yo no pudiera, no pudiera... (irse con otro hombre) (6:38)

SAVIA. Pero si aceptaba al otro (a don Pedro) era una forma de prostitución, una forma de exteriorizar todos sus temores, todos sus miedos y de renunciar total y absolutamente al amor. Yo sí le voy a querer, voy a estar agradecida con él, pero renunció al amor.

signo masculino y la castidad, femenino. Pero hay un leve matiz, con respecto a las mujeres de Palo Verde, en cuanto al significado de la infidelidad. Para las mujeres de SAVIA, los actos de infidelidad no consisten solamente en tener relaciones sexuales con otra persona sino, sobre todo, enamorarse y ocultarle a la pareja. Sin embargo, admiten que muchas mujeres, incluso algunas de ellas, toleran la infidelidad por miedo a la soledad.

Para algunas, la castidad ya no tiene la fuerza de una doxa. Tener relaciones sexuales placenteras, dentro o fuera del matrimonio, ya no es un pecado. Su ruptura con el discurso religioso, al obviar la castidad, puede justificarse en tanto esté de por medio pasión y matrimonio, esto es el amor romántico en su más pura expresión. Por ello, aseguran, se irían con el poeta, sin pensar dos veces, siempre y cuando estuvieran enamoradas.

Otras, sin embargo, reconocieron que no podían romper con la castidad. A diferencia de las mujeres de Palo Verde, están conscientes de que los preceptos cristianos pesan mucho en sus vidas y en sus decisiones matrimoniales. Aun en casos en los cuales el marido aceptara abiertamente su infidelidad, creen que llegarían al divorcio, pero no podrían tener una relación paralela, mientras estuvieran casadas.

Tener relaciones sexuales sin estar enamoradas las podría colocar frente a un abismo: la prostitución. Por esta razón, y a diferencia de las mujeres de Palo Verde, consideraron que si Rosita aceptaba irse con don Pedro, únicamente por el interés económico y porque le ofrecía protección para sus hijos, era una ma-

SAVIA. *(Cuando hay deseo no es un acoso sexual; con el poeta ella tenía miedo, no es que no quería acostarse con el poeta, tenía mucho temor, entonces se sentía asediada y acosada (6:51).*

El acoso sexual después del divorcio fue terrible; cuando me divorcié hace diez, once años, compañeros, amigos que en la vida me habían visto como la señora de... supieron que me divorcié y eran como moscas detrás de... de... la mierda (6:15). No podía estar pensando, éste me conviene más porque tiene plata y porque quiere a mi hija. Y yo ¿qué? O, voy a pasar lindísimo, y mis hijos ¿qué? Es difícil (6:35).

SAVIA. *No se trata de sexualidad sin afecto (eso), es otro plano, es con el compañero a quien amas (6:34). Yo creo que el erotismo, lastimosamente es fruto de la monogamia. Desarrollar el erotismo a tal punto de poder sentir placer absoluto, desarrollar la sexualidad es parte de la construcción de la vida de casado, parte fundamental, sin eso pocas parejas se van a mantener (6:30).*

nera de prostituirse. Era “una forma de renunciar total y absolutamente al amor (6:51)”.

Es claro, aquí, que en términos ideales y a diferencia de lo que ocurre con las mujeres de Palo Verde, ellas toman sus decisiones afectivas, de manera relativamente independiente del factor económico, ya que cuentan con sus propios ingresos y gozan de un muy buen nivel de ingresos.

Ni prostitutas ni madres abnegadas

El miedo a la prostitución está latente, es más fuerte entre las divorciadas de SAVIA. Como son mujeres que participan del mundo público, disponen de dinero, no tienen un esposo que las proteja de los seductores, quienes efectivamente aprovechan de esta desprotección, se sienten más amenazadas a establecer relaciones que ellas asocian con las de las prostitutas.¹²

Al apropiarse de su sexualidad, estas mujeres se confrontan con el modelo tradicional de buena mujer; se saben madres, pero han roto con el mandato de la castidad. Por esta razón, enuncian y defienden en su discurso que el placer sexual debe siempre estar precedido y recubierto por amor.

En cambio, algunas mujeres casadas de SAVIA y también de Palo Verde viven la sexualidad como sufrimiento, sacrificio, entrega, lo cual las aproxima al ideal materno-virginal:⁷ el cuerpo de la mujer no está preparado para re-

12 En el capítulo cinco analizamos la estrecha relación que existe entre el significado que las mujeres atribuyen al uso del dinero, cuando es ganado por mujeres.

SAVIA. Es asunto sexual para mí es el simbolismo de una ternura, una expresión de cariño, por más que el momento de los momentos me duela, me duela, me fastidie. Pienso, bueno... quizá se termine rápido... esta porquería (6:37).

cibir aun hombre sino aun niño'¹³. Para ellas el goce sexual es un atributo de 'las mujeres malas', sus posibles rivales, pero también un referente, cuando se confrontan con su identidad.

Aquí, el placer es transformado en ternura, tolerancia o sufrimiento, un sello inconfundible de la *Mater Dolorosa*. Revestidas de santidad, se elevan sobre cualquier otra mujer, se aseguran el poder y cariño de sus hijos y niegan al padre ese espacio afectivo.

La percepción de la maternidad como abnegación y sacrificio, la entereza corporal implícita en el concepto de virginidad, la renuncia al placer implícita en la castidad son, aún hoy, componentes esenciales de lo femenino; encubren prácticas arbitrarias de poder que afectan a mujeres y hombres latinoamericanos.

El discurso mariano, que sustenta esas prácticas, nos vigila y controla, abierta o soterradamente. Y es aquí cuando el llamado de Julia Kristeva adquiere plena vigencia, cuando ella reclama la participación activa de todas las mujeres para crear una nueva ética que nos contenga y afirme.

13 Montecino, *Madres y huachos*, 85

Moderato cantabile*

-Te acordarás -dijo Anne Desbaresdes- ,
quiere decir moderado y cantante.

-Moderado y cantante -repitió el niño.

-Ya no quiero que te riñan,
de lo contrario me muero.

-Yo tampoco quiero. Moderado cantante.

(Marguerite Duras)

En páginas precedentes hemos visto que las mujeres anhelan amor y placer, y es hacia este horizonte abierto y despejado hacia donde queremos caminar. Sin embargo, no fue ésa la puerta de entrada que elegimos cuando comenzamos la investigación. Influenciadas por las tendencias recientes optamos por enfocar la dominación masculina desde la violencia contra la mujer, uno de los temas más trabajados en nuestro medio. Hay sobradas evidencias de que la violencia de género no es un hecho aislado ni fortuito; invade y rebasa el ámbito íntimo, personal, atraviesa las fronteras domésticas y geográficas, cruza las clases sociales, y es independiente de la edad o de una cultura específica. No obstante, a lo largo de estos tres años hemos constatado que enfocar las jerarquías de género desde el ángulo de la violencia masculina, puede atrápanos en una visión de nosotras mismas como víctimas pasivas de los hombres. Aumenta sin pretenderlo, dice Carole Vance,¹ el desamparo social en el que viven las mujeres; desconoce el peso de nuestra complicidad en la perpetuación de este fenómeno social, que se esconde con el matrimonio, que se oculta en la sombra de lo privado, lo personal.

Sandra Harding² señala que mirar a la mujer como víctima crea la falsa impresión de que las mujeres nunca han respondido con éxito a la dominación,

* *Nota del editor:* En la publicación original este capítulo incluye un conjunto de entrevistas que no se reproducen en esta antología.

1 Carole Vance (editora) 1990. *Placer y peligro, explorando la sexualidad femenina*. Madrid: editorial Revolución, pp. 9 y 47.

2 Sandra Harding. *Is there a feminist method?*, P.5.

y que por ende, no pueden ser eficientes agentes sociales de su propio comportamiento ni del de otros.

La visión de las mujeres como víctimas se sustenta y refuerza con otro enfoque, comúnmente usado en nuestro medio, para explicar que la raíz de la dominación masculina y la subordinación femenina se debe, en gran medida, a la temprana adscripción de roles de género, durante la etapa de socialización. Es cierto que aprendemos a ser mujeres y hombres, que desde nuestra infancia vamos internalizando hábitos creencias actitudes y mitos sobre nosotros mismos/as y sobre el otro género,³ que luego, cuando adultos, los reproducimos y transmitimos en nuestras relaciones sociales.

Pero, la gran limitación de este enfoque es su inflexibilidad. Subyace en estos supuestos, una concepción de la identidad de género como algo fijo y dado para siempre antes que como un fenómeno multifacético y móvil; se desconoce que la identidad se construye y reconstruye permanentemente; que la adscripción de los roles de género solo interviene parcialmente en la construcción del sujeto mujer; que hay una gran diversidad interna entre las mujeres producto, tanto de nuestra posición de clase como nuestras historias personales. Considerar estos factores es muy importante cuando tratamos temas como el de violencia de género, estrechamente ligado al campo de la sexualidad.

Recientes estudios sobre las relaciones de género insisten en destacar que la sexualidad es un elemento crucial y relativamente independiente en la construcción del género.⁴ Existen permisiones y prohibiciones sexuales diferenciadas según género. Hay normas sexuales sobre lo que el hombre puede y debe hacer, y lo que no puede y no debe hacer una mujer, que coadyuvan para que el poder masculino se ejercite de una manera particular y relativamente autónoma de la forma en que lo hace en otros campos como el económico o político, por ejemplo. Sin embargo, la intimidad y la individualidad que caracterizan a la sexualidad, escapan permanentemente a una imagen estática de un orden sexual invariable, que dependen de una socialización infantil impermeable

3 Varios estudios manejan esta óptica, por ejemplo, Isabel Carcamo y Cecilia Moltedo 1991. *Mujer y violencia doméstica*. Santiago de Chile: Instituto de la Mujer.

4 Gayle Rubin 1990. Reflexiones sobre el sexo, notas para una teoría radical de la sexualidad. En: Carole Vance (Editora). *Placer y peligro, explorando la sexualidad femenina*. Madrid: editorial Revolución; Kristi Anne Stoeln y Mariken Vaa (editoras) 1991. *Gender an change in developing countries*. Noruega: Norwegian University Press.

y rígida.⁵ Asimismo, la adquisición de la femineidad y las condiciones para su reproducción no afectan por igual a todas las mujeres; existen preferencias sexuales, comportamientos específicos que se resisten a cualquier generalización⁶ o asociación mecánica entre socialización violenta y violencia marital.

Lo que ilustramos en este capítulo es la tensión que existe entre esas normas sexuales y las prácticas individuales. Si bien el discurso androcéntrico se funda en la necesidad que tiene el hombre de mantener un control hegemónico sobre su sexualidad y la de la mujer, la forma cómo se ejerce ese control depende del mayor o menor grado de interiorización, de parte de hombres y mujeres, de una concepción dual del placer. Mientras para la mujer el placer sexual es aprendido y vivido como peligro, como vergüenza, para el hombre es la manera de confirmar y reconfirmar permanentemente su virilidad y su honor. Mientras el placer alude a la actuación y elección sexual, el peligro entraña una sexualidad punitiva, pecaminosa y violenta. Sin embargo, la posición social, edad e historia personal de las mujeres, introducen matices en sus actitudes y valoraciones individuales de la sexualidad masculina y femenina, así como en su grado de aceptación o rebeldía ante las premisas del discurso androcéntrico.

Nuestra interpretación se basa en los testimonios de siete mujeres, cuatro de Palo Verde y tres de SAVIA. Sus rostros y sus voces, cortadas unas veces por el llanto, invaden el papel, se sobreponen a las letras. Poco nos ayudó alterar sus cédulas de identidad; allí están ellas, de carne y hueso; las escenas de violencia, en cámara lenta, rompen la serena frialdad del análisis. Escribir este capítulo es nombrarlas y nombrarnos, es mantener viva nuestra memoria. Y es también un exorcismo.

El astuto pacto sexual entre hombres

Hombre y mujeres buscamos incesante e ilusoriamente participar en relaciones interpersonales duraderas, donde se combinen los postulados del amor romántico: pasión y estabilidad. La pareja -dice Julia Kristeva⁷, garantiza seguridad

5 Vance, *Placer y peligro*, 31.

6 Marisa Calderón y Raquel Osborne (editoras) 1990. *Mujer, sexo y poder: aspecto del debate feminista en torno a la sexualidad*. Madrid: Lumnar S.A.

7 Kristeva, *Historias de amor*, pp. 201-202.

(me amas), confiere identidad (si me amas luego soy). “Ante la pérdida de identidad que provoca la multiplicidad abierta de placeres y goces, la pareja es un espejo duradero, un reconocimiento repetido”.

Asimismo, las elaboraciones simbólicas y emocionales de lo femenino y lo masculino muestran los encuentros y desencuentros entre hombres y mujeres. Y la sexualidad es uno de los ámbitos más comprometedores de esos encuentros e interdependencias [...] por lo poco que tiene de racional.⁸ Pero es también la forma más encubierta de ejercicio del poder y el control masculino.

Como lo que nos interesa develar en este capítulo es en qué forma y cuándo operan esos controles y complicidades hemos recurrido a dos perspectivas teóricas y las hemos combinado para tratar la información empírica. Una es la del pacto sexual tradicional, planteado por C. Vance, para mostrar la oposición entre seguridad sexual y libertad sexual, femineidad y masculinidad. Otra es la usada por C. Delaney quien explica las jerarquías de género a partir del monoteísmo.

Dice C. Vance que existe un pacto sexual según el cual los hombres deben proteger solo ‘a las mujeres buenas’, eufemismo de la castidad femenina. Para merecer este amparo, las mujeres deben controlar su propio deseo y contener los impulsos sexuales masculinos, ya que nuestra provocación es la que incita a los hombres a actuar. Cuando las mujeres quebrantan el pacto, peor aún si existe de por medio un contrato matrimonial, -la forma más encubierta de constreñir el deseo sexual femenino -, los hombres tácitamente se sienten autorizados para castigar tal transgresión. De esta manera, la violencia de género se convierte en una poderosa advertencia del hombre para controlar los comportamientos sexuales de las mujeres, o para mantener incuestionada su propia libertad sexual.⁹

Como en todo pacto social, en éste también se combinan coerción y consenso. Continúa funcionando con relativo éxito y persistencia, en gran parte debido a la autocensura de las mujeres. Romper el pacto genera en las mujeres no solo temor por la potencial violencia que puede desatar en el hombre, sino desasosiego, ansiedades, producto de haber transgredido las fronteras fijadas a la femineidad.

8 Jeanine Anderson 1992. *Intereses o justicia*. Lima: Entre mujeres, p. 15

9 Vance, *Placer y peligro*, 11

Sin embargo, los límites que este pacto impone a mujeres y hombres varían de sociedad en sociedad, reduciendo o ampliando las permisiones y prohibiciones sexuales. Existe, por ejemplo, una gran distancia entre las libertades alcanzadas por las mujeres de los países del Norte y las logradas por las mujeres de América Latina y El Caribe. En nuestro caso, “Los claroscuros de la sexualidad son más definidos y contrastantes que las pautas sexuales existentes en los países centrales. La tragedia es más patética, la felicidad -por momentos- más feliz, los tradicionalismos más ridículos, el autoritarismo es más prepotente, la libertad más irrisoria y la muerte más real”.¹⁰

Y algo más. Las libertades sexuales de las mujeres se estrechan con el matrimonio. Mientras para los hombres casados el horizonte de permisiones es amplio y flexible, las mujeres casadas están obligadas a guardar castidad. Su sexualidad tiene, sobre todo un sentido: la procreación.

La otra perspectiva teórica se funda en el binomio honor/vergüenza usado por algunas vertientes de la antropología para interpretar las culturas mediterráneas. Se afirma en este caso, que el honor es un atributo masculino mediante el cual los hombres ganan o pierden prestigio frente a otros hombres, dependiendo de cuán eficiente sea el control que mantienen sobre la virginidad y castidad de su parentela femenina.

Algunas autoras¹¹ ligan esta noción del honor masculino a una teoría monogenética de la procreación, base de religiones monoteístas como el catolicismo, judaísmo, islam. En estas tres religiones existe un solo dios con capacidad creadora y ese dios es masculino. Dios se manifiesta en la tierra a través de los hombres, quienes son los transmisores de su capacidad procreadora, los portadores de la semilla divina. Las mujeres son simples receptoras/reproductoras ajenas a la divinidad y por ende al honor. La sexualidad femenina es fuente de peligros, una potencial amenaza al honor y la virilidad masculinos. Así, la única manera en que los hombres pueden conservar su honor y garantizar que su descendencia proviene de su semilla y no de una semilla ajena, es exigiendo la castidad de sus mujeres, esto es una sexualidad femenina orientada a la procreación.

Delaney sin embargo, nos previene cuando plantea que el complejo honor-vergüenza presente en las culturas mediterráneas monoteístas puede tener

10 Un ejercicio inacabado. *Nueva Sociedad* 109. (Sept-oct. 1990), p. 79.

11 Stolen y Vaa, *Gender and change*; Carol Delaney 1987. Seeds of Honour, fields of shame. *American Anthropologists Association* 22.

un giro particular en otras culturas; se trata de una semilla que al sembrarse en diversos climas y suelos producirá el mismo cultivo con leves cambios. En el Ecuador, la religión dominante es la católica, implantada hace 500 años con la conquista y colonización españolas.

El clavito que hace daño

El despertar sexual de las mujeres de Palo Verde y SAVIA es oscuro y estrecho, está sembrado de miedos y plagado de indescifrables prohibiciones. Es en estos años de la adolescencia, y no antes, cuando el ritmo de sus vidas se detiene, ante las barreras monolíticas que se les imponen por el hecho de ser mujeres. Cuando niñas, pese a que sus padres le encargaban ciertas tareas domésticas, tenían tiempo para jugar con sus pares varones, estaban juntos, quizás una que otra aventura callejera los separaba intermitentemente, pero compartían un mismo mundo lúdico y prohibiciones semejantes.

Luego de la primera menstruación, que a casi todas les toma por sorpresa, padres, madres y hermanos mayores redoblan la vigilancia, imponen nuevos controles, recurren al castigo físico para mantenerlas alejadas de sus antiguos compañeros de andanzas, porque ese cuerpo púber de mujer puede ser el portador de la vergüenza, por ellas puede filtrarse la deshonra en el hogar y en la familia.

Las advertencias son cotidianas; repican tarde tras tarde las voces de sus madres anunciando el peligro del deseo, negándoles el acceso al placer, pronosticando la caída. De repente, para estas niñas aún, los hombres se volvieron malos, terribles, engañan, hacen daño. Temerlos, desconfiar, cuidarse, alejarlos es el mandato. La ingenuidad de esos años, su ignorancia del mundo masculino ahora amenazador, su curiosidad se alimenta con el silencio de los adultos ante lo innombrable: el placer. Y, poco a poco, ellas aprenden a callar sus pecados, a ocultar sus deseos; aprenden también la culpa de hacerlo.

Todo era el susto antes -dice Caridad-. Cómplices de ese presunto enemigo, aprovechan cualquier descuido, burlan la férrea vigilancia, desafían sus miedos y culpas, para inaugurarse en la fiesta del deseo. Rincones oscuros, zaguanes, baños de los colegios, el sofá de la solemne sala paterna acogen a la pareja. Quizás ésta sea la primera manera de aprender a resistirse, de revelarse frente a su marca de género, el primer intento de ser ellas mismas, sin que siquiera lo

sepan. Por eso les sobra ilusión y determinación, todavía tienen fuerzas para enfrentarse a ese destino que pronto, les cerrará el paso. Pero aquí se abre un abismo entre las mujeres de SAVIA y Palo Verde.

Las mujeres de SAVIA sienten nostalgia de esos días en los que creen fueron libres y felices. Ellas tuvieron adolescencia: terminaron el colegio, asistieron a fiestas, bailaron, viajaron, pudieron elegir el hombre que les gustaba, se enamoraron y desafiaron el peligro. Las cuatro tuvieron relaciones sexuales prematrimoniales con sus maridos. Aunque con culpas y en silencio (nadie lo sabía confiesan las cuatro) satisficieron su deseo, vivieron el placer. Con el paso de los años han amortiguado su memoria, han olvidado cuánta rebeldía necesitaron para contrarrestar el peso de las prohibiciones sexuales impuestas a su género. Tengo un recuerdo tranquilo y bonito de mi adolescencia, dice Lucía. Era bello, bellissimo, apunta Eugenia. La recuerdo con cariño, cuenta Clara.

La vergüenza

En cambio, las mujeres de Palo Verde sufrieron muy temprano el precio de la transgresión. Los claroscuros de la sexualidad. El juego de encuentros y desencuentros, en sus historias adquieren la fuerza de un contraluz. Asediadas por sus pretendientes, se convierten objetos del deseo masculino. Alegría cedió al hostigamiento, Mari fue violada y actualiza cada instante ese 'fracaso', como ella sabiamente lo nombra. Sin tiempo para entrenarse en el juego del amor, quedaron embarazadas contra su voluntad y tuvieron a sus hijas, siendo ellas niñas aún. Alegría tenía 16 años, Mari 13.

El castigo y las humillaciones suceden a las advertencias. Sus familias se sienten deshonradas y toman rápidamente medidas. Alegría es forzada a casarse con el padre de su hija y a vivir en soledad la culpa de un embarazo y de un matrimonio no deseados. "¡Ay diosito -exclama- ni me quisiera acordar de esa vergüenza!". Con Mari esa salida no era posible. Recae sobre ella toda la responsabilidad de un pecado no cometido. El cerco familiar se estrecha hasta encerrarla y conducirla al suicidio. Azucena tampoco escapa a este sino: sus padres la casaron luego de que cometió 'eso', cuando apenas tenía 16 años, pero es la única de las tres que recuerda con cariño su fugaz adolescencia: "la vida de enamorados parece que es linda, oiga".

El binomio honor/vergüenza emerge descarnado en estas dos historias ilustrando que la sexualidad femenina debe subordinarse, a cualquier precio, a las necesidades de confirmación del honor masculino. Las mujeres son obligadas a portar, angustiadas y solas, el fruto de un placer ajeno, de un género que prohíbe y seduce para reconfirmarse. El pacto intergénero se des/cubre mostrando el sexo de la oposición placer/peligro o, mejor, placer/reproducción.

Mientras Mari recrea las imágenes de la *Mater* Dolorosa y del Conquistador/padre ausente, inauguradas en América hace 500 años, la huida a caballo de Azucena y su casamiento felizmente enamorada, nos dejan la sensación de que en Palo Verde el tiempo se ha detenido.

Realismo mágico a borbotones o cursis telenovelas, pensará el lector o la lectora. Quizás así pensaron las mujeres de SAVIA, cuando nos contaron su historia. Pese a su tono sobrio, a su ritmo reposado, no lograron ocultar el peso de una sexualidad que las contiene.

El matrimonio de amor

Si el deseo es voluble, está loco por la novedad, es inestable por definición, ¿qué es lo que empuja al amor a soñar con la pareja eterna? ¿Por qué la fidelidad, la promesa de una alianza duradera, por qué, en suma, el matrimonio de amor?, se pregunta Julia Kristeva.¹² Y ensaya una respuesta: la desestabilización que provoca el descubrimiento del placer sexual conduce a la necesidad de seguridad, sumerge a los amantes en la vida en pareja.

Las cuatro mujeres de SAVIA se casaron enamoradas y, aunque parezca paradójico, también Mari y Azucena en Palo Verde. En este caso, sin embargo, el amor se confunde fácilmente con la búsqueda de protección y seguridad económicas. Pasaron directamente de la tutela paterna a la tutela del marido, lo cual acrecienta su inseguridad cuando los conflictos matrimoniales afloran.

La relación de pareja, como toda relación de poder, no está libre de conflictos. Pero sólo determinados conflictos, que algunas de ellas consideran etapas críticas en su vida de pareja, son los que amenazan seriamente el pacto matrimonial. En los siete casos, el detonante es la infidelidad del marido.

12 Kristeva, *Historias de amor*, 202.

Todas las entrevistas, independientemente de su posición, sostienen que hay cambios fuertes en el comportamiento del marido después del matrimonio. En general, asocian cambios bien sea al nacimiento del/la primer/a hijo/a, en algunos casos producto de un embarazo indeseado, o con la primera infidelidad del marido, acto que puede o no desencadenar en maltrato, dependiendo de la forma de resistencia que ejerzan las mujeres.

Pero qué signo y qué sentido tiene esa resistencia. El verbo resistir en castellano tiene dos acepciones opuestas: puede significar tolerar, aguantar, sufrir, o bien resistirse, rechazar, repudiar, contradecir. Y es justamente la oscilación pendular entre estos dos polos la que arroja luces sobre la pervivencia y las fisuras del pacto sexual tradicional.

Resistir significa ser cautelosas. Comprender y tolerar las aventuras de sus maridos se convierte en la función primordial de su larga carrera como esposas, una competencia donde su constancia y prudencia son puestas a prueba. Algunas optan por ignorar, otras los justifican y se culpabilizan de haberlos desatendido. Hay una tendencia a sentirse más inseguras en los primeros años de matrimonio, cuando sus maridos son aún jóvenes. La mayoría está convencida de que con el tiempo ha mejorado o mejorará la relación. En el fondo lo que está en juego es aprender a resistir hasta que se aplaque la desbordante sexualidad masculina.

Resistir significa también ser castas, porque la infidelidad tiene signo masculino. Solo una de las siete entrevistadas insinúa haber sido infiel, pese a que todas, en algún momento de su vida conyugal han sentido deseos de serlo, pero se han reprimido y han contenido a los seductores que la merodean. Todas ellas saben que con su autocensura evitan poner en crisis el pacto matrimonial. Inclusive algunas no se atreven siquiera a expresar sus deseos sexuales a sus maridos.

La violencia verbal o el maltrato físico de los maridos casi siempre afloran cuando las mujeres desbloquean su autocensura. La tolerancia y aceptación dan paso a la rebeldía, el silencio se transforma en palabra, cuando la infidelidad de sus esposos deja de ser una aventura pasajera. Heridas e inseguras, todas las entrevistadas enfrentan a sus maridos sólo cuando está en juego la estabilidad matrimonial, cuando la posibilidad de ser abandonadas se vuelve inmediata y concreta.

Las mujeres que deciden controlar los movimientos de sus maridos saben que invaden terrenos cenagosos, saben que están rompiendo con los mandatos

del pacto, pues una actitud de esta naturaleza pone en entredicho el poder y la libertad sexual masculina.

Frente al reclamo, ninguno de los maridos acepta, en primera instancia, haber sido infiel; todos niegan, silencian o persuaden. Pero si esos recursos no tranquilizan a sus esposas, recurren a la violencia verbal o física. Sin embargo, la amenaza o el acto mismo de violencia son llamados de atención del hombre, que rara vez conducen a la desintegración de la pareja. Aunque en la cresta del conflicto todas ellas han amenazado con abandonar al marido, y algunas lo han puesto en práctica temporalmente, su temor a quedarse solas frena cualquier decisión definitiva. Como bien señala Clara, la violencia masculina puede romper con el pacto sólo cuando la mujer así lo decide: lo que cuenta es lo que la mujer hace después de haber sido maltratada.

La infidelidad de los maridos incrementa la inseguridad en las mujeres, provoca desasosiego, insatisfacción y sufrimiento. Intuyen que la desigualdad implícita en este pacto astuto, las coloca en una situación subordinada frente a sus maridos y las vuelve más vulnerables que los hombres, pues, en última instancia, dependen de las decisiones masculinas. Si bien con el paso de los años esperan que los maridos se tranquilicen, el tiempo también pasa para ellas, saben que sus posibilidades de selección y cambio de pareja son restringidas, tanto por las prescripciones morales del medio, como por las limitaciones económicas. Una de ellas lo expresa abiertamente: la juventud es una virtud en la mujer y el miedo a la soledad, una barrera infranqueable. Algunas ni siquiera aman a sus maridos, se acostumbraron a ellos, pero sobre todo, a contar con una imagen masculina que confirme su femineidad.

El miedo al placer

Así como el placer tiene sexo masculino, la castidad tiene sexo femenino. Desde la adolescencia las mujeres aprenden que su sexualidad es peligrosa, que deben ser recatadas, precavidas y fieles. Aunque razones no faltan para que esta concepción tenga asidero, esa visión negativa del placer les obliga a amortiguar el lado activo y positivo de su sexualidad. Pese a toda esta carga negativa, las siete entrevistadas tuvieron relaciones prematrimoniales y las mujeres de SAVIA confiesan que fueron placenteras, aunque el temor a la transgresión las inhibía. De las siete, cinco se casaron con el hombre que las inició, es decir asumieron

el riesgo con precaución, entregaron su virginidad al que pasó a ser su marido: son mujeres de un solo hombre como el pacto lo exige. Vencer la noción de peligro que acompaña al placer femenino implica, como las mujeres de SAVIA reconocen, un re-aprendizaje de años, no siempre exitoso.

La peor amenaza al pacto es la infidelidad femenina, virtual o real, porque ser mujer casada infiel no sólo puede dar al traste con el matrimonio, es primero y sobre todo un estigma imborrable, una vergüenza que todas evitan imputársela, por la reprobación social y las consecuentes culpas que les acarrearía. Y Julia Kristeva no nos da tregua:... el hombre -dice- huye del engullimiento en la pareja matrimonial para intentar asegurarse una potencia fálica en los sucesivos espejos de las conquistas más o menos numerosas, transgresoras, tranquilizadoras por ser efímeras y múltiples. Pero una mujer es raramente 'don Juan', y cuando juega a este juego, llega a él por identificación viril, a costa de una valentía aún más escandalosa que la de su homólogo masculino y con más riesgo de hundimiento psíquico... los cambios, aunque radicales, de nuestras costumbres bajo los golpes del feminismo, no han modificado este aspecto de la vida erótica: las mujeres quieren el matrimonio.¹³

Una de las salidas a esta permanente autocontención es la sublimación de sus deseos sexuales, tan explícita en el caso de 'los amantes intelectuales' de Eugenia o el desplazamiento de sus deseos hacia los hijos.¹⁴

Pero la virtual infidelidad de la esposa también es fuente de preocupación para los maridos, los mantiene en permanente guardia. Todos los maridos de las entrevistadas, en algún momento han insinuado que ellas les son infieles. En algunos casos basta esa sospecha, infundada la mayoría de veces, para que el marido recurra a la violencia.

Las mujeres saben que amenazar con ser infieles es una poderosa arma que moviliza a sus esposos, que llama su atención. Pero un arma de doble filo con la cual pueden cortar o ser cortadas, y quizás por ello temen usarla. "Un día le dije: mejor te voy a dejar y me voy a hacer de otro hombre que me haga sentir como no he podido ser feliz con vos -cuenta Mari. Y él dice: "tengo dos plos, uno para ti y otro para ese hombre".

13 Kristeva, *Historias de Amor*, 202.

14 En algunos hogares de las mujeres entrevistadas, cuando los hijos/as crecen, juegan el papel de aliados de las madres, las protegen cuando el marido intenta maltratarlas.

Pero cuando las mujeres tuvieron experiencias prematrimoniales con otros hombres, ni siquiera es necesario el reclamo y el enfrentamiento. Los maridos actúan bajo sospecha y pegan. “Verá -dice Mari- él siempre me reclama, dice que como yo he tenido una hija de otro, he de andar con un hombre y con otro, entonces de ahí me hace dar coraje, y de ahí empieza el problema”.

Las resistencias a la autonomía

La autonomía no es otra cosa que la posibilidad de defender los intereses propios, de controlar la vida propia y sus circunstancias. Mientras más avance el proceso de autonomía de las mujeres, más se van seleccionando, perfilando y negociando intereses. Hay más seguridad de lo que se quiere y de lo que se está dispuesta a negociar.¹⁵ Sin embargo, este proceso de individuación es lento, doloroso, difícil. De ahí que las mujeres se resistan a avanzar, ya que el actual sistema de género también nos da placer y nos ofrece comodidades.¹⁶

El diálogo y la persuasión son mecanismos recurrentemente nombrados por las mujeres de SAVIA para negociar los conflictos matrimoniales. Son mujeres cuya identidad se ha ido construyendo y reconstruyendo desde múltiples facetas. Desde solteras han tenido ingresos propios, han conquistado la libertad para moverse fuera del mundo doméstico. En repetidas ocasiones han puesto a prueba sus propias capacidades. Son mujeres que día a día luchan contra sus temores, desafiando preceptos morales, cuestionando los valores que limitan su erotismo, inculcando nuevas pautas a sus hijas e hijos, rechazan el sufrimiento producto de la sumisión de género.

Saben que su independencia económica les da movilidad, capacidad de elección, pero que poco ayuda a romper el pacto sexual. Entre ellas, el control masculino se ejerce de una manera muy sutil, se funda sobre todo en el auto-control de su placer. Son mujeres que lentamente transitan hacia la autonomía. Y esto por la gran diferencia de su condición y posición¹⁷ con respecto a las mujeres de Palo Verde.

15 Gina Vargas analiza con detenimiento la autonomía, justamente en el capítulo que lleva el mismo nombre de su libro, *Cómo cambiar el mundo sin perdernos*, 68-80.

16 Anderson, *Intereses y justicia*, 11-12.

17 Kate Young define condición de género como el “estado material en el cual se encuentra la

Circunscritas al espacio doméstico, a su roles maternos y dependientes económicamente de sus maridos, las mujeres de Palo Verde viven la sumisión como un destino, viven para el otro. “Y cómo pueden llegar a ser mujeres, si sus familiares las entregan ignorantes, débiles, incompletas, a un hombre que no las recibe como a una igual, que las utiliza como objeto de su propiedad, que les da hijos con los cuales las abandona, mientras cumple con sus deberes sociales, con el fin de que continúe jugando como en su infancia”¹⁸.

Su trágica dependencia se expresa en sufrimientos, impotencia, aceptaciones. Los leves destellos de rebeldía, de búsqueda son aplastados por el desamparo y el desposeimiento. Retornan a la espera, una espera vacía de veleros en tierra. El tiempo no se mueve, el viento no sopla. Y esa pobreza que les pesa más que todo y sobre todo:

“Somos pobres a pesar de que él trabaja duro”.

“Mi marido a veces él ha querido luchar y a veces mucho ha perdido”.

“Yo vendo helados, vendo hielos”.

Bibliografía

- Aleramo, Sibilla,
1990 *Una mujer*. Barcelona: Circe.
- Anderson, Jeanine
1992 *Intereses o justicia*. Lima: Entre mujeres.
- Araujo, Helena
1989 *La scherezada criolla. Ensayos sobre escritura femenina latinoamericana*. Bogotá: Universidad Nacional.

mujer, su pobreza, su falta de educación y capacitación, su excesiva carga de trabajo, su falta de acceso a tecnología moderna, instrumentos perfeccionados, habilidades para el trabajo, etc.: y posición de género como “la ubicación social y económica de las mujeres respecto a los hombres”. Kate Young 1991. Reflexiones sobre cómo enfrentar las necesidades de las mujeres. Virginia Guzmán, Patricia Portocarrero y Virginia Vargas (compiladoras). *Una nueva lectura: género en el desarrollo*. LIMA: FLORA TRISTÁN., p. 16.

18 Sibilla Aleramo 1990. *Una mujer*. Barcelona: Circe.

- Calderón Marisa y Raquel Osborne (editoras)
1990 *Mujer, sexo y poder: aspecto del debate feminista en torno a la sexualidad*. Madrid: Luminar S.A.
- Carcamo, Isabel y Cecilia Moltedo
1991 *Mujer y violencia doméstica*. Santiago de Chile: Instituto de la Mujer.
- Delaney, Carol
1986 The meaning of paternity in the virgin birth debate. En: *Man journal of the Royal Anthropological Institute* 3 (21).
1987 Seeds of honour fields of shame. *American Anthropological Association* 22.
- Foucault, Michael
1987 *El orden del discurso*. Barcelona: Tusquets.
- Harding, Sandra
1987 Is there a feminist method?. En: Sandra Harding (editora). *Feminism methodology*. Indiana: Indiana University Press, Open University Press.
- Kristeva, Julia
1988 *Historias de amor*. (2da. Ed.). México: Siglo XXI.
- Montecino, Sonia
1992 Madres y huachos. En *Espejos y travestías. Antropología y mujer en los noventa. Ediciones de las mujeres* 16.
- Et. al.
1988 Identidad femenina y modelo mariano en Chile. En *Mundo de mujer. Cambio y continuidad*. Santiago de Chile: Centro de Estudios de la Mujer.
- Nueva Sociedad
1990 *Nueva Sociedad* 109.
- Paz, Octavio
1986 *El laberinto de la soledad*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Rubin, Gayle
1989 Reflexionando sobre el sexo. Notas para una teoría radical de la sexualidad. En *Placer y peligro, explorando la sexualidad femenina*. Carole Vance (editora). Madrid: editorial Revolución.

- Stolen, Cristy Anne y Mariken Vaa (editoras)
1991 *Gender and change in developing countries*. Noruega: Norwegian University Press.
- Vance, Carole (Editora)
1990 *Placer y peligro, explorando la sexualidad femenina*. Madrid: Editorial Revolución.
- Vargas, Virginia
1992 *Cómo cambiar el mundo sin perdernos*. Lima: Ediciones Flora Tristán.
- Young, Cate
1991 Reflexiones sobre cómo enfrentar las necesidades de las mujeres. En Virginia Guzmán, Patricia Portocarrero y Virginia Vargas (Compiladoras). *Una nueva lectura: género en el desarrollo*. Lima: Flora Tristán.